

oriental que las ciudades temblaban sobre sus cimientos cuando oían su nombre amenazador, y que, después de muerto, su piel, con cuidado arrancada, á la carne y á los huesos, curtida como la piel de un tigre y puesta en un tambor, despierta casi á los que han perecido por la patria en los campos de batalla é infunde en los que todavía pelean el delirio de la venganza. Tuerto como Anibal y como Sertorio desde sus primeros años, una triste astilla de los árboles arrancada por una bala de cañón, le deja ciego. Y sumergido en las tinieblas eternas, como si tuviera dentro de sí mismo su patria grabada ó esculpida, anda por todas partes sin guía y parece ver el siniestro resplandor de sus pasiones. Cuando aparecía tal ejército, compuesto de campesinos con cuchillos y con hoces, apenas se adivinaba que hubiera de vencer á los mayores capitanes, que hubiera de rendir las más inexpugnables ciudades, que hubiera de ganar batallas sin cuento, que hubiera de caer como la tromba, y como el huracán ó como la peste sobre las tierras enemigas, que hubiera de castigar el más espantoso de los crímenes con la más espantosa de las venganzas. Ziska se asemeja en su guerra con los católicos al caballo y al caballero de la Apocalipsis, que anuncia sonando la trompeta del Juicio Final, la hora de las revoluciones venidas providencialmente á castigar la terrible ceguera de los poderes protervos. Caso digno de observación. Entre el primero de los herejes que subsigue á Cristo, llamado Simón el Mago, y el último que precede á Lutero, llamado Juan Ziska, no se interrumpe ni en un sólo punto el sistema en serie de la herejía.

Pero, desde la época del Renacimiento y del Protestantismo, es decir, desde fines del siglo décimo-quinto hasta nuestros días, las sectas heréticas, que tanto habían conmovido y renovado la Edad Media, se truecan en grandes sistemas filosóficos que van poco á poco separando el alma humana de los sofismas escolásticos y sugiriéndole dos ideas capitalísimas: la idea de su individualidad propia y la idea de su derecho íntimo. Coinciden cinco sucesos capitalísimos en menos de medio siglo: primer suceso, invención de la imprenta; segundo suceso, Concilio de Florencia; tercer suceso, descubrimiento de América; cuarto suceso, publicación del volumen de Copérnico sobre nuestro sistema solar; y quinto suceso, revolución religiosa. Por el descubrimiento de los tipos y de la prensa, que debían fijar las ideas en los libros y llevar estos portadores de ideas á todas partes, minando la Inquisición y la Censura, se redimían el pensamiento y la conciencia. En vano el Pontífice Alejandro VI, el Papa Borgia, promulgó leyes y rescriptos que reglamentaban la nueva redentora industria y oponían á la difusión de las hojas cargadas con las ideas el número de invencibles obstáculos que le sugerían su natural ministerio, pues como representante de un viejo poder contrastaba las radicales innovaciones, que iba trayendo consigo el tiempo en su movimiento creador. La prensa, que oprimía las letras de plomo con fuerza y pesadumbre, desencadenaba las ideas con sus numerosos y baratos libros que las difundían como si fueran éter de los cielos. Así parece providencial que apenas hubiese la imprenta surgido en Stras-

burgo, se acabase allá en Polonia el maravilloso volumen que rompía el material y pesado cielo antiguo, semejante é una máquina neumática puesta sobre nuestro planeta para que no respirase con libertad, y sacaba de su inmóvil iuercia la tierra empujándola con el movimiento por los espacios infinitos para que con ella se movieran y emanciparan las almas. Pues no menor importancia tiene el Concilio de Florencia. La Iglesia griega y la Iglesia latina se habían conciliado en su seno. Con esta reconciliación el tiempo se dilataba de suyo ante la humana vista, como el aspecto con las invenciones de Copérnico en el cielo y de Colón en la tierra. Dentro de aquellas escuetas crónicas monásticas, que sólo enlazaban el mundo cristiano con el mundo bíblico, entran como elementos creadores el Oriente y el Egipto, los pueblos semitas del Mediterráneo con Fenicia y Cartago, la inspirada Grecia, la política Roma, la genealogía de nuestra humana nobleza, y los títulos varios que nos dan derecho sobre la Historia como los que tenemos sobre la naturaleza y sobre los afluentes de ideas que han formado con sus caudales el espíritu moderno. De aquí el Renacimiento, en cuyos murales frescos, insuperables y sin precedentes dentro de las artes antiguas, el cuerpo humano recibía una consagración tan grande como la recibida por el alma con su emancipación práctica ó intelectual y con la idea madre de su natural derecho. Fundábase con tanto brío la idea de libertad en todo este período del pensamiento, que aun los nacidos y conjurados para perderla, servíanla y prosperábanla mal de su grado. Así aconteció con el protestantismo. Entregando á la interpretación individual aquellos libros santos, que la Iglesia creía entregados á su exclusivo criterio y á sus inapelables declaraciones, emancipó Lutero la conciencia bien ó mal de su grado, por no haber movimiento alguno profundo en el espíritu humano, que no abra en su seno surcos hondísimos y no haga brotar alguna idea nueva en pro y en bien y en servicio y en provecho de todos los hombres. Pero así como emancipó la conciencia el protestantismo, esclavizó la voluntad. En el alcance dado á la gracia divina por esta nueva teología, quedaba maltrecha la libertad humana. Para quitar valor á las obras de los fieles, atribuyendo la salud eterna y temporal á la intercesión y á los merecimientos de Cristo, Lutero llegó á suprimir el libre albedrío. Todo lo contrario el Jesuitismo. Mandado y dispuesto como un gran ejército, hasta llamarse Milicia de Jesús, capitaneada por el gran general, San Ignacio, dentro de sí ahogaba toda libertad individual y suprimía el ejercicio activo de las voluntades varias y diversas. Pero, en sus dogmas, en sus creencias, en sus capitales cánones ponía sobre todo la Sociedad de Jesús el libre albedrío, en odio á la gracia luterana; y poniendo sobre todo el libre albedrío, emancipaba mal de su grado la voluntad, como Lutero por su parte y á su vez había redimido mal de su grado la conciencia. Más dueños del espacio que los hombres de la Edad Media los hombres del Renacimiento, por las revelaciones de Copérnico y por las empresas de Colón; más dueños también de las fuerzas naturales, por el anteojo y por la brújula, y por la perfección de los armamentos, y sobre todo por la prensa; más cono-

dores del planeta por las navegaciones, y del organismo propio por los progresos de las ciencias anatómicas, y por los cuerpos hercúleos que habían levantado como en un Olimpo nuevo y humano las artes del dibujo; más dueños del tiempo, gracias á que la Historia se completaba, resucitando por un lado las estatuas clásicas entre los escombros, y viniendo por otro lado el indio de América más próximo á la Naturaleza que nosotros; las ciencias del pensamiento debían erocer cual todo crecía en tal primera interior y exterior; tomando las experimentales con Vives y con Baccón el criterio de la observación, mientras las metafísicas con Descartes y Pereira el criterio de la razón pura, independiente; todo lo cual, así como hacía señorear al hombre sobre la Naturaleza, lo transformaba en soberano de sí mismo y soberano de toda sociedad por la santa revelación de su derecho.



CAPITULO QUINTO

El concepto de la Revolución

No hay, pues, que limitar el concepto de revolución á lo político tan sólo. Todo movimiento, que renueva desde la tierra donde vivimos hasta la ciencia, de cuya luz nos esclarecemos en un movimiento revolucionario. Ciertamente que necesita esto una congruente aclaración. Muévense las sociedades hacia adelante, cuando van á la realización de un ideal progresivo; muévense hacia atrás, cuando van á la realización de un ideal reaccionario. Revolución por movimiento es la reacción también. Pero las escuelas políticas modernas quieren que se llame revolución sólo al movimiento progresivo y no al movimiento reaccionario. En esta dirección han cambiado por tal modo los conceptos, que nuestro diccionario de Autoridades, obra del siglo último, del siglo de las revoluciones por excelencia, no conoce la palabra revolucionario, no la registra, no la conmemora, cuando tan difundida está y tan vulgar es entre nosotros. En la misma palabra revolución, las acepciones políticas de este gran Diccionario son muy ajenas á la primera acepción vulgar de revuelta. Por encima de la política pone las acepciones de la palabra en los tratados astronómicos y geográficos. Entiende por revolución la Astronomía, el movimiento de las esferas cumplido; y entiende por revolución el movimiento de las figuras, produciendo á su vez otras figuras, cumplido en Geografía también. Pero, al entrar en política, se pierde la capital acepción de nuestra palabra hoy en una serie de conceptos ajenos por completo á nuestro modo de pensar y decir. Hay el cambio de gobierno, pero no como el sentido capital de la palabra. Y hasta en lo político registra y conmemora significaciones hoy caídas en desuso, como aquella de